

sido representadas en Tokio como «obras modernas». ¿Puede una obra ser, a un tiempo, un No y, formalmente, una obra moderna?

Supongo que este punto habrá sido amplia y apasionadamente discutido por la crítica japonesa. Y, quizá, sin llegar a solución alguna. Porque si resulta arcaico ponerse a hacer en el siglo XX un teatro con las formas —entonces vivas— del siglo XIV, tampoco está claro que aquella visión del mundo pueda expresarse con el estilo de Anouilh o de Priestley, pongamos por caso.

Las seis obras del volumen, tituladas «Sotoba Komachi», «El tambor de Damasco», «Kantans», «Lady Aoi», «Hanzo» y «Dijoji», constituyen un buen material, no sólo para el estudio del No, sino de los problemas que plantea el rescate de una noción mágica del mundo en el marco de una cultura y de un teatro que responden ya a otros imperativos. Todo ello dentro del conflicto general —aquí lo vivimos, a veces, desde «el otro lado»— entre el pensamiento oriental y unas formas de expresión generadas por el racionalismo europeo. ■ J. M.

## La estratificación social española

«En Motril, el que tiene cien marjales tiene siempre razón». Esta frase, pronunciada hace varios años por una alta personalidad de la localidad azucarera andaluza, precede al estudio que sobre desigualdades regionales y estratificación social incluye José Cazorla en su reciente libro «Problemas de estratificación social en España» (1). La frase es válida aplicada a las personas y, tal vez, a las regiones, a la vista de cómo se va configu-

rando el llamado desarrollo español.

Cazorla considera diez grandes regiones: Noroeste (Galicia), Norte-Cantábrica (Asturias, Santander, el País Vasco y Navarra), Aragón, Cataluña, Centro-Norte (León y Castilla la Vieja), Centro-Sur (Castilla la Nueva y Cáceres), Levante (Valencia, Murcia y Albacete), Andalucía Occidental (Badajoz, Huelva, Sevilla, Córdoba y Cádiz), Andalucía Oriental (Almería, Jaén, Granada y Málaga) y Canarias. Nada aclara sobre la inclusión de Baleares: quizá Cataluña, en cuyo caso la denominación de Levante (con frecuencia tan desafortunadamente empleada en lugar de País Valenciano) queda rara, considerada desde las islas, porque de allí sería Poniente.

Utilizando datos de la «Encuesta de Presupuestos Familiares» (1964-65), del Instituto Nacional de Estadística, establece este orden: Cataluña, Norte-Cantábrica, Aragón, Canarias, Levante, Noroeste, Centro-Norte, Centro-Sur, Andalucía Oriental y Andalucía Occidental. Para llegar a ello compara la estratificación social de cada región con la correspondiente nacional, distribuyendo la población en cinco grupos de acuerdo con los niveles de renta anual (menos de treinta y seis mil pesetas, treinta y seis mil-seisenta mil, sesenta mil-ciento veinte mil, ciento veinte mil-doscientas cuarenta mil y doscientas cuarenta mil o más). De la comparación resultan, entre otras, estas características: Centro-Sur, mayor desequilibrio distributivo que el correspondiente a España, con escasa clase media; el Centro-Norte es semejante a él, aunque existe menos clase alta y algo más de clase media; mejor distribución que la española en el Noroeste, pero todavía con poca clase media; en Levante ve el autor

«la posibilidad de mayor dinamismo», porque los intervalos medio y medio superior son superiores a los nacionales, y el inferior, más reducido; Aragón tiene mejor distribución que España, y Cataluña es «la más igualitaria de las distribuciones», seguida de cerca por la Norte-Cantábrica; Canarias mejora, según estas conclusiones, la distribución nacional, lo que no logran, en cambio, las dos Andalucías, Oriental y Occidental, esta última la peor situada de todas, siendo «el único caso de región española en la cual el intervalo de menos de treinta y seis mil pesetas es el que abarca a más porcentaje de población».

En el trabajo siguiente («Las regiones proletarias, 1970»), aplicando algunos de los indicadores señalados por Alfred Sauvy como determinantes del subdesarrollo (crecida natalidad, escasa alimentación, analfabetismo, excesiva población agrícola, paro, etcétera), y considerando ahora diecisiete regiones (disparidad que impide comparaciones con el trabajo anterior), establece nuevas clasificaciones. Por ejemplo, la de «bienestar social», que queda así: Madrid, Cataluña, Vascongadas, Navarra, Baleares, Valencia, Canarias, Asturias, Aragón, Castilla la Vieja, Murcia, Andalucía Occidental, Andalucía Oriental, León, Galicia, Castilla la Nueva (sin Madrid) y Extremadura. En otra gradación, esta vez por actividad socioeconómica, Baleares salta al primer puesto, seguida de Madrid, Asturias, Vascongadas y Cataluña. Andalucía Occidental pasa al último lugar.

En los cinco trabajos restantes, relacionados todos con el tema común de la estratificación social, Andalucía es tema dominante en dos. En el primero de todos, dedicado a la

estratificación social en 1957, se particulariza al final sobre la región andaluza. Hay también un trabajo exclusivamente dedicado a la práctica religiosa en ella, donde «existe una estrecha relación entre la posición social y la práctica religiosa». Este estudio y otro sobre burocracia y estratificación social son seguramente los de más interesante lectura, porque la menor extensión del colectivo estudiado permite más profundas y jugosas conclusiones. La relación de funcionarios y estratificación social tiene una aplicación práctica en el análisis de dos encuestas sobre Vizcaya y Granada, elegidas como representativas de provincias desarrollada y subdesarrollada, respectivamente. Cazorla concluye que «hay mayor desnivel, con respecto a la población media, en favor de los funcionarios de Granada que en los de Bilbao, quienes incluso parecen encontrarse ligeramente por debajo del nivel económico medio de su respectiva población activa»; en Granada, por el contrario, hay «un menor nivel económico de la población media».

Este relativo predominio sureño se explica por la dedicación del autor al tema, su lugar de residencia (es profesor en la Universidad de Granada) y por un saludable interés hacia la temática andaluza, despertado en los últimos años, como ya ha señalado el propio Cazorla en otra ocasión (2). ■ VICTOR MARQUEZ RIVIERGO.

(2) «El interés que en estos últimos tiempos se ha despertado en torno a Andalucía y su grave problemática socio-económica se refleja en el hecho de que sólo en el periodo 1965-72 se han publicado no menos de quince libros en torno a ella, además de numerosos artículos en revistas profesionales y otras de mayor difusión popular.» («El medio rural andaluz y sus élites», «Boletín Informativo de Ciencia Política», número 9, abril 1972).

## CINE

### Un homenaje al cine

Se ha dicho ya muchas veces que Truffaut es, entre todos los componentes de la anciana «nouvelle vague», quien más entusiasmo siente por las formas y los mitos del cine. Sus interminables horas en la cinemateca de Henri Langlois, sus libros apasionados, sus homenajes continuos a los autores clásicos de la cinematografía, le configuran como un mitómano del cine, que aunque no llega a discriminar más que en la forma el valor de unos autores con relación a otros (y, por lo tanto, a poseer una visión crítica con respecto al medio que tra-

homenaje al propio cine para plantearse llanamente el juego de su evidente pasión. Rodar el rodaje de una supuesta película permite exponer las pequeñas miserias —y con ello, también la grandeza— del cine por dentro, del que el público acomodado fácilmente en su butaca desconoce la savia. La descripción de un rodaje posibilita todos los homenajes que Truffaut insiste en hacer, y por encima de todos, el gran homenaje al propio cine, a su mecanismo vital, a su existencia y sus «tics» más constantes.

Surge así la película que, sin duda, entusiasmará a los cinefilos de todo el mundo. Sobre todo, a aquellos que, como Truffaut, «sienten» el cine en su propia forma, sin plantearse más allá los problemas que lo condicionan realmente. Porque, en su tierno homenaje, Truffaut ha querido hacer un «divertimento» pacifista que sea como una pausa en el camino de los profesionales. La pausa



«La noche americana» («La nuit américaine», 1973), de François Truffaut.

ta), es el alumno admirado que ha aprendido de memoria el lenguaje tradicional que el cine ha creado desde sus comienzos.

Si hasta este momento las referencias en el cine de Truffaut eran fundamentales, su última película, «La noche americana», es ya el punto culminante de su fascinación. En esta ocasión, Truffaut ha eliminado cualquier factor que haga indirecto el

que refresca, que se permite unos guiños cómplices y que hará saltar de júbilo a los que puedan reconocerse en el simple enamorado que se expone. Simplicidad que, sin duda, llega a la superficialidad. «La noche americana» no supera los tópicos habidos y por haber en la concepción inmediata del fenómeno cinematográfico. Pero, seguramente, esto está expuesto con claridad desde el princi-

(1) Edicusa, 1973.